

católicos, aristócratas y republicanos, pacientes como las razas del Norte y exaltados como las razas del Mediodía; con odio implacable al extranjero y poniendo su única esperanza en el extranjero; conjurados eternos y eternos mártires; doquier se conspira, se combate, se muere por el génio de sus perdidos penates, allí están ellos, rechinando sus dientes, vertiendo sus cóleras, como abrasados en perpétua hoguera «cuyas voraces llamas los abrasan, los atormentan; y no los devoran y no los matan.»

A esta nación, á esta raza pertenecía Dombrowski. Aunque se habían escrito multitud de malévolas cartas contra su persona, tuvo la entereza de no contestar á ninguna, quizá por menosprecio á las injurias. Muy jóven, perteneció al ejército ruso, donde llegó á distinguirse por su valor, y á obtener un grado importante. Sospechoso de conjuración política y militar en pró de la independencia de su patria, fué borrado del ejército ruso, recluso en prisión, y por último, desterrado á Siberia, donde se casó con una jóven polaca de extraordinario mérito. Habiéndose escapado de su destierro, volvióse á la capital del Imperio, á San Petersburgo; y allí vivía huyendo de los esbirros, buscando varios medios de vivir, siempre entre zozobras y amenazas. De allí por fin se vino á París, donde pudo instalarse á fines del año sesenta y cinco. Declarada la guerra franco-prusiana, ofreció sus servicios al gobierno de la defensa nacional, é intentó combatir á las órdenes de Garibaldi. Pero el Gobierno jamás accedió á esta demanda; y tal desprecio le irritó profundamente. Así iba de club en club criticando los planes de Trochu, y atribuyéndole todas las desgracias de Francia. Tenacidad semejante le hizo sospechoso de inteligencias con los prusianos; y le acreditó de espía. En los primeros días de Enero, fué allanada su casa y reducido á prisión. Encontráronle una obra crítica intitulada: *El general Trochu como organizador y como general en jefe*; y creyeron

ver en ella confirmadas todas las calumnias. Pero la verdad es que amaba ardientemente á la Francia republicana, como á una segunda patria. Libertado por los comuneros, ofreció su espada, y estuvo entre los más decididos para acudir á los combates. Un día empeñóse terrible encuentro. Los guardias nacionales, atemorizados, retrocedieron, y se parapetaron tras de sus trincheras. Componían tres batallones, y de su valor estaba pendiente el éxito de la acción. Dombrowski se dirige á ellos y les pronuncia esta militar arenga: «¡Ah! ¿De esa suerte combatís aquí? Habíanme contado allá en Polonia que el pueblo francés era el más valiente entre todos los pueblos de la tierra; me engañaron. Sois unos cobardes.» Y dirigiéndose á su Estado mayor, exclamó: «Adelante. Enseñémosles ahora mismo lo que son las balas.» Y aunque llovía la metralla como una espesa granizada de fuego, paseó sereno seguido de su Estado mayor, ante las trincheras y las casas agujereadas donde se estrellaban las balas; y habiendo salido ileso de aquellos remolinos de destrucción y de muerte, como un objeto incombustible que atraviesa las llamas, arrebató á los suyos, los arrastra fuera de los parapetos, los guía con su ejemplo, y obtiene una victoria. Desde aquel momento no tuvo rival como militar de los comuneros.

Además de nombrar á Dombrowski, tomó Cluseret otras disposiciones. Aceleró la organización de la Guardia nacional, y el servicio de socorros á los heridos en el campo, y la asistencia en los hospitales. Incorporó á los batallones las compañías sueltas que á usanza feudal sostenían algunos particulares. Alistó á todos los marinos que quisieran servir en la escuadrilla de las cañoneras del Sena. Nombró una comisión directiva de las barricadas, y restableció los consejos de guerra permanentes. Fabricó municiones, procuró vestuario, requisó caballos y armó varias baterías.

Pero la medida más grave, la más trascen-

dental fué el llamamiento á las armas de todos los hombres válidos desde la edad de diez y nueve á la edad de cuarenta años. Esta leva general mandada para sostener la guerra civil, hirió á muchas gentes. La promesa de abolir las quintas se había convertido en triste desencanto. Las maldiciones al nuevo Gobierno se exhalaban de todos los lábios. Al alistamiento universal sucedió la universal negativa y resistencia. Organizóse, á causa de esto, un sistema de visitas domiciliarias que allanó los hogares, molestó las familias, apresó á los jóvenes y los llevó atados codo con codo á las prevenciones como si fueran criminales ó facinerosos. Para huir de las visitas domiciliarias se apeló á la fuga. En vano se detenían los trenes por hombres armados; en vano se enviaban patrullas de caballería por todas partes; cuando no valían las piernas, se apelaba á toda clase de industrias. Unos se metían por los fosos de las fortificaciones en las calladas noches y trepaban por sus pendientes, logrando salir del recinto fortificado. Otros intentaban atravesar nada menos que el río á nado en ciertos parajes, y huyendo de las levas morían en las aguas. Otros cambiaban sus trajes por los trajes de los cocheros; metían á estos, por lo general viejos, dentro de los coches; se posesionaban de los pescantes, y salían así de la ciudad. Era de un lado general la emigración; y de otro lado horribles las persecuciones. La juventud segada en flor, distraída de sus estudios y de sus ocupaciones, maldecía hasta la hora en que le tocó nacer y renegaba de aquel espantoso despotismo. Y sin embargo, si la Comunidad había de defenderse, no encontraba otro medio de defensa más que la leva general y el general armamento. Por eso debemos desconfiar mucho de todas las teorías que no están probadas en su piedra de toque, en la experiencia. El día que la Comunidad abolió las quintas creyeron los incautos que abolía el servicio. Y en el estado de nuestra civilización, el servicio militar no

puede abolirse. Es una obligación debida por todos los ciudadanos á cambio de los derechos que la sociedad les asegura. Las quintas deben abolirse porque tienen dos defectos irreparables, primero fiar el cumplimiento del deber á los empeños de un acaso, y segundo distribuir desigualmente el servicio militar entre los pobres y los ricos. Pero todo ciudadano debe saber al entrar en sociedad que así como entra con derechos inalienables entra también con deberes ineludibles. Y entre estos deberes se cuenta el servir forzosamente á su patria cierto número de años en las filas del ejército. La abolición de las quintas es necesaria; la abolición del servicio militar es imposible. Entre nosotros debe á toda costa universalizarse, destruyendo esa inmoralidad de la sustitución que divide las sociedades en castas. La Comunidad á pesar de su socialismo no pudo eximir á los ciudadanos de una obligación verdaderamente incontrastable.

¿Qué resultado dieron todas estas disposiciones? Veámoslos. Afirmados un poco los batallones comuneros, pudieron emprender larga serie de combates en el teatro principal de la matanza; entre Courbevoie y Neuilly. La guerra se recrudecía y enconaba de hora en hora, de momento en momento. Cercano el pueblo de Courbevoie á la más formidable de las fortalezas, los soldados de París no podían permanecer en sus calles sin que la artillería los barriese. Así fueron de allí lanzados; y el puente de Neuilly mismo quedó en poder de los versalleses. Del puente, no pudieron, sin embargo, pasar al pueblo. Sus casas defendidas con arte, aspilleradas, ofrecían formidable resistencia y vomitaban torrentes de fuego. Aquel combate eterno, mantenido por la artillería de la puerta Maillot en poder de los comuneros, y la artillería del Monte Valeriano en poder de los versalleses, era fecundo, muy fecundo en variadas y trágicas alternativas. Pero los mismos partes del gobierno parisien demostraban lo incierto de la lucha



y lo dudoso de las victorias. Unas veces poseían los comuneros todo Neuilly; otras veces sólo poseían una parte de Neuilly; habían tomado de pronto el puente, y á las pocas horas, con olvido de la anterior noticia, se acercaban al puente. Pero en aquellos encuentros ni los federales avanzaban en el campo, ni los versalleses penetraban en la ciudad. Las fuerzas permanecían en cierto equilibrio que esterilizaba todos sus resultados.

La verdad es que la toma de Neuilly si podía verificarse, no podía sostenerse con el fuego de la puerta Maillot. Todos los tiros de las baterías versallesas se dirigían á este punto. Cluseret quiso á su vez molestar al Monte Valeriano y plantó varios cañones completamente inútiles en las alturas del Trocadero. A estos esfuerzos para dominar el Monte Valeriano sucedieron salidas audaces por la intención, estériles por el éxito. Acercáronse á Meudon y á Billanourt, pero tuvieron que retroceder. A su vez igual desgracia experimentaron los versalleses cuando quisieron apoderarse de Levallois y de Asnières. Esto ocasionó que los comuneros se dieran aires de triunfadores y anunciaran nuevas brillantes victorias. Se habló, sin embargo, mucho de un movimiento envolvente, se anunciaron sus prodigios, y no se vieron ni los prisioneros, ni los despojos, testimonios seguros de la felicidad de esa operación. Mientras tanto, los movimientos, las operaciones de las tropas regulares tenían su objetivo; sitiaron y rindieron los fuertes de Vanves y de Issy. En las alturas de Chatillon se habían ya erigido baterías para bombardearlos. En estos incidentes el estrépito aterraba. Parecía que se desquiciaba la tierra y que se caía el firmamento. Las fortalezas sitiadas disparaban á la continua sus formidables cañones; y los sitiadores protegían con diluvios de metralla las maniobras de sus tropas. Decía el comandante de Issy con más ó ménos verdad que en una sola noche había quemado ciento sesenta mil cartuchos.

Cierto es que en la imaginación de gente poco acostumbrada á la guerra, se agrandaban mucho estos combates. Cinco veces intentaron, al decir de la Comunidad, los versalleses tomar el fuerte de Issy; mas las cinco veces fueron rechazados. Las tropas regulares habían dejado mil y quinientos soldados al pié de aquellos muros. A las veinticuatro horas de divulgar la noticia, apareció la siguiente rectificación, firmada por Ledrut, comandante de Vanves: «Os ruego, general, anunciéis en vuestros partes que no es el fuerte de Issy el atacado continuamente como se cree en París. Desde hace cinco días, dirígenle ataques sin número al fuerte de Vanves. Las tropas de mi mando reclaman esta rectificación, justa recompensa de los servicios que han prestado á la buena causa.» Cluseret comprendía bien que en todo este asunto de los fuertes, era mucho el ruido, escaso el resultado, y lo manifestó así en la siguiente orden del día: «Se devora en los fuertes consumo enorme de proyectiles; en Vanves solamente se han consumido diez y seis mil. Además del inconveniente de quemar en salvas la pólvora, y malgastar el dinero del pueblo, se engendra la inquietud en los ánimos y se demuestra mucho más aturdimiento que serenidad y sangre fría.» No eran estos los únicos inconvenientes. Muchas veces el ejército popular anunciaba bien á las claras que no tenía la necesaria solidez. El batallón ciento sesenta y tres, después de haber estado cuatro ó cinco días en Vanves, se cansó, y abandonó la fortaleza sin que nadie lo relevara.

Cluseret, que tanto gritara contra el optimismo de la defensa nacional, pecaba por completo de optimista. Sus ojos veían lo que nadie en su lugar hubiera entrevisto: «una brecha muy apreciable en el Monte Valeriano.» Permanecía impasible el coloso, entero, sin una herida, y para no mentir, sin que hubieran logrado las balas versallesas otra cosa que remover algunas tejas. Entre estas ilusio-

nes, las ventajas pertenecían verdaderamente Versalles. La orilla izquierda del Sena, por la parte de Asniers, caía en su poder; y el castillo de Becon, disputado y defendido con tesón, acababa por ser armado de una batería muy molesta para las barricadas de París. Un periódico avanzado, el periódico de Rochefort, se quejaba en estas melancólicas observaciones: «Hace algunos días que estamos en los puestos más avanzados, y combatimos de continuo, pero desgraciadamente sin resultados apreciables. Nuestros generales dejan que las tropas de Versalles tomen todos los puestos importantes, sin curarse de ello ó sin poder impedirlo. Dentro de pocos días estaremos cercados entre el Sena y las fortalezas de París. Adios campos de batallas; no hay, pues, salida posible. Por el Sur, las antiguas baterías prusianas, hoy versallesas, limitan la acción de los fuertes y el movimiento de las tropas; nos cercan, pues, con un verdadero bloqueo. La Guardia nacional parece destinada á ejecutar solamente planes á lo Trochu. Lo que hacen hoy los generales de la Comunidad, ¿no parece destinado á probar que era imposible abrir un boquete en tiempo de los prusianos?»

Pero lo que perdió á Cluseret y descorazonó á la Comunidad fué la rendición del fuerte de Issy. Allá, á fines de Abril, un día las formidables baterías levantadas por las tropas de la República contra los fuertes de la Comunidad, rompieron abiertamente en horroroso fuego. El cañoneo fué tal, los desperfectos sufridos tales, que los defensores desconfiaron de sí mismos y sintieron discurrir por sus venas ese frío mortal que se llama pánico. Protegidas por el fuego de las baterías, dos columnas avanzaban, una hácia la estación de Clamart, otra hácia la parte de Moulineaux, ocupadas por los comuneros. Un combate horrible, sangriento, se empeña en este sitio. Difícilmente podía darse un empuje mayor que el de los versalleses, ni una

resistencia mayor que la de los comuneros. Pero á las dos horas los edificios unidos entre sí por barricadas quedaban en poder de los versalleses, habiéndolos asaltado con grande ánimo; y los comuneros tenían que replegarse en desorden hácia el fuerte de Issy. A media noche, las tropas ocupaban los tres puntos, los tres objetivos de su ataque: Clamart, Moulineaux y el parque de Issy. De esta manera llegaron á doscientos metros del fuerte; y los terraplenes levantados por los sitiados defendían ahora á los sitiadores. En tal angustia, el gobernador Megy desaparece. Los guardias nacionales dudan, vacilan. Nadie sabe qué partido seguir, ni qué resolución adoptar. Los subalternos quieren tomar el mando; y ni se les atiende ni se les obedece. Los soldados de ingenieros se amotinaron al verse constreñidos á un trabajo sin éxito alguno probable, y á un combate sin posible victoria. Cuatrocientos hombres resuelven huir. Los marinos clavan las piezas y todos salen por la puerta del Norte, llegando á París faltos de ánimo y fuerzas, desgarradas las vestiduras y más desgarrados aun los corazones; sin darse cuenta de si habían cedido á la traición ajena ó al propio terror.

Issy no podía, pues, tardar en recibir las tropas de Versalles. La desgracia de Issy fué la ruina de Cluseret. El periódico oficial publicó la siguiente nota: «Habiendo comprometido la incuria y la negligencia del delegado á guerra nuestra posición de Issy, la Comisión ejecutiva ha creído de su deber proponer el arresto del ciudadano Cluseret á la Comunidad, que lo ha decretado. La Comunidad ha tomado todas las medidas para retener en sus manos el fuerte de Issy.» Una nueva desgracia en la guerra traía la desgracia del general. Desde aquel momento se vió que los días de la Comunidad revolucionaria estaban ya contados. La República no podía establecerse definitivamente sin triunfar antes por completo de la insensata demagogia.